

se observa en todas las campañas de los longobardos desde 754 hasta 774 un carácter indeciso, puramente defensivo, que elude toda batalla campal. Por esto tan pronto como las fuerzas francas llegaban al país llano, las longobardas, invariablemente, se acogían a las plazas fuertes, principalmente a su capital, Pavia, que lejos de ser inexpugnable, como Rávena, tampoco tenía como ésta facilidad de aprovisionarse y se rendía invariablemente por hambre, con lo cual quedaba concluida la guerra. Verdad es que los longobardos defendían el país que llamaban suyo, pero a pesar de esto casi nunca reunieron una segunda hueste después que la primera, derrotada en el campo, se había encerrado en la capital; ni podía el rey disponer de todas las fuerzas de los territorios más avanzados, como los ducados de Benevento y Espoleto. Si bien todo esto se expondrá en la historia del pueblo longobardo, hemos querido adelantarnos para caracterizar a grandes rasgos la lucha del Estado longobardo en los últimos veinte años de su existencia, para dejar bien claro lo que de otra manera podría parecer incomprensible.

A pesar de esta debilidad interior del dominio longobardo ni el rey ni los individuos principales de esta rama germánica podían renunciar a su historia sin combate, pues el reino longobardo todavía, siquiera en apariencia, y por la tradición, era, después del imperio franco, el más poderoso de los Estados cristianos del Occidente. No podía el rey, so pena de ser víctima de los grandes y del pueblo, someterse sin resistencia a todas las exigencias del papa y del rey franco, a pesar de no disponer de fuerza suficiente para hacer la resistencia eficaz.

La debilidad interior del elemento longobardo se puso de manifiesto en el primer encuentro, en que una pequeña, aunque probablemente escogida fuerza franca, dispersó a la primera acometida a toda la hueste longobarda, muchísimo más numerosa pero malísimamente colocada.

Pipino había enviado desde Maurienne un número de grandes francos con sus respectivas fuerzas, las más escogidas, sin impedimento alguna, y con orden de ocupar todo el camino hasta donde pudiesen, a fin de que el grueso del ejército pasara los desfiladeros sin obstáculo con toda su enorme impedimenta. Las avanzadas habían subido a los cerros que dominaban la gran carretera, por la cual se adelantaba muy lejos todavía y con gran lentitud el ejército, cuando Aistulfo, avisado de la presencia de las fuerzas francas en las alturas próximas, dispuso atacarlas en seguida. Al primer albor del día siguiente salieron los longobardos de su campo atrincherado y pertrechado con máquinas de guerra y proyectiles, y penetraron en el desfiladero franco; pero entonces se avalanzaron sobre ellos, bajando de sus alturas, las avanzadas francas y, aunque muy inferiores en número, fue tanta su impetuosidad que sembraron la confusión en las masas enemigas y las dispersaron por los montes y barrancas inmediatas. Los francos persiguiendo a los que huyeron en dirección del campamento atrincherado, penetraron en él al mismo tiempo que los fugitivos, y entonces Aistulfo y los hombres que le quedaron huyeron a Pavia, donde se encerraron. Los francos antes de atacar habían invocado el auxilio de San Pedro, y naturalmente ellos y mucho más el papa, en su correspondencia con el rey, atribuyeron la victoria que decidió toda la campaña a la protección milagrosa del santo apóstol.

Los longobardos no intentaron ya resistencia alguna en campo abierto, y Pipino, acompañado del papa, cercó con el grueso del ejército la ciudad de Pavia, no sin que la comarca sufriese los saqueos, incendios y atrocidades de costumbre (1).

(1) *Vita Stephani*, I, c. — *Fredigarius cont.*, c. 120. — *Codex Carol.*, ep. VI, VII, X. — Eginardo: *Vita Caroli*, M. c. 6.

Al cabo de pocos días Aistulfo pidió la paz por mediación de los obispos y grandes francos.

Esto ocurrió probablemente a fines del mes de setiembre ó en octubre del año 754 (2), porque el ejército se había puesto en marcha a principios de agosto. Aistulfo prometió bajo juramentos terribles en un instrumento solemne restituir a San Pedro a Rávena y otras ciudades que no se citan, pero de suponer es que prometiera todo cuanto Pipino había exigido en un principio en favor del papa. Los altos funcionarios y los grandes longobardos juraron igualmente respetar y cumplir el convenio, y además entregaron a Pipino cuarenta rehenes y muchos presentes sin carácter de tributo, porque los rehenes eran entonces solo una garantía del cumplimiento de las condiciones impuestas y aceptadas, bien que el continuador de Fredigario dice: «Aistulfo dió rehenes y prestó juramento en prueba y garantía de que nunca se apartaría del dominio de los francos, ni cometería acto de hostilidad alguna contra la Silla Apostólica ni contra el Estado de Roma (3).»

Este pasaje ha dado lugar a la opinión general de que con este convenio quedó el reino longobardo sometido a la soberanía del imperio franco, y así lo da a entender en efecto el sentido literal del texto; pero en contra puede aducirse que mucho antes habían dicho lo mismo otros escritores francos con menos motivo. Aistulfo faltó luego a lo convenido y a sus juramentos, pero entre las reconveniones y acusaciones que el papa lanza en sus cartas contra él no dice nunca que se hubiese rebelado Aistulfo contra su soberano, y naturalmente el papa, que tanto empeño mostraba en sus cartas para excitar a Pipino contra el rey longobardo, no habría dejado de alegar su rebeldía si le hubiese podido dirigir esta acusación. Tampoco se encuentra en el convenio de paz, después de la segunda campaña, cláusula alguna que impusiera al vencido las penas que solían imponerse a vasallos rebeldes, como a Warifaro ó Tasilo; y, finalmente, los cronistas hablan del suceso del año 774 en el sentido de quedar sometido el pueblo longobardo y su territorio al imperio franco por primera vez, y como si hubiese sido hasta entonces un Estado vasallo del imperio franco, aunque el continuador de Fredigario usa la palabra *ditio* para designar la relación existente entre ambos Estados.

Las ciudades que según el convenio de paz debía restituir Aistulfo a la Santa Sede por mediación de los embajadores francos, eran en primer lugar Rávena, luego las ciudades que formaban las dos Pentápolis, ó sea la Decápolis con alguna que formaba parte de la antigua comarca romana llamada Emilia, á saber: Rimini, Coucha, Pesaro, Fano, Sinigalla, Jesi, Forlípópoli, Forli, con el castillo de *Sussubium*, Galeata, Monte Feretri, Acerragio, *Mons Lucati*, Serra, el castillo de San Marino, Urbino, Cagli, Luceoli, Gubbio y la ciudad de Narni, que algún día había pertenecido al ducado de Espoleto (4).

Se ha inventado que Pipino visitó a Roma para orar ante la tumba de los apóstoles, y el monje de San Gall dice que fue recibido con grandes aclamaciones por los romanos; pero la verdad es que hecho el tratado de paz, Pipino salió de Italia dejando a su hermano Jerónimo y a Fulrado, abad de San Dionisio, encargados de velar por el cumplimiento del convenio hecho con el rey longobardo, y de acompañar con

(2) De todos modos, después del 1.º de setiembre, porque la biografía del papa Esteban dice: *per edicionem octavam*.

(3) *Fred. cont.*, c. p. 120: *Ut nunquam a Francorum ditio se abstraheret et ulterius ad sedem apostolicam Romanam et rempublicam hostiliter nunquam accederet*.

(4) *Vita Stephani*, c. 47 y 48, que trata de la segunda paz del año 756, que repite las condiciones de la primera a las cuales solo añade la restitución del *Castrum Comitacium*.

el personal de la embajada al papa, del cual se despidió haciéndole ricos presentes. El papa, pasando por Galeata, se dirigió a Roma, donde fué recibido, como era justo, con inmenso júbilo (1), como vencedor del odiado rey longobardo, como príncipe soberano de un Estado, el de la Iglesia, y aliado y hasta cierto punto vencedor de Pipino en el terreno diplomático, pues que había alcanzado mucho sin hacer por su parte sacrificio alguno.

En el año siguiente, 755 (2), Tasilo, duque de los bávaros, cuya madre había muerto en 754, se presentó como vasallo de Pipino en la asamblea anual de los guerreros francos del 1.º de marzo. Pipino había robustecido enérgicamente el dominio franco sobre el pueblo bávaro desde el año 749.

No se sabe en qué lugar se efectuó esta asamblea.

En 11 de julio reunióse un sínodo en Verneuil (3), entre Paris y Compiègne, convocado por el rey. Este sínodo, al cual asistieron la mayor parte de los obispos de la Galia, tuvo por objeto preciso restablecer, á lo menos en parte, la observancia de las instituciones canónicas caídas en desuso (4). Además de los obispos asistieron también magnates laicos, y los acuerdos del concilio fueron elevados á ley del imperio y publicados en forma de capitulación (5). No consta que Pipino asistiera á este concilio; pero en 25 del mismo julio asistió á la solemne traslación de los restos de San German, obispo de Paris, por cuyo consejo el rey Childberto II fundó en Paris el monasterio de Santa Cruz y de San Venancio, cuyas reliquias los francos habían llevado de España con otro botín de guerra. Después se fundó también en Paris el monasterio de San German de los Prados. En estos pados el mismo San German había construido una capilla y en ella descansaban sus restos, que después fueron trasladados á la iglesia del monasterio, en cuya ocasión operó el santo multitud de milagros (6). Pipino cedió al monasterio la hacienda de Palaiseau (*Palatiolum*), situada en la comarca de Paris, distrito de Versailles; y á consecuencia de esta donación lo pasaron muy mal los colonos y siervos de la misma hacienda que hasta entonces habían pertenecido á la corona, porque no imaginando que el abad de San German sería algún día su señor y dueño, habían causado con gran descaro perjuicios de toda clase á sus rebaños, pastos, viñas y bosques. Una inscripción de la lápida de mármol en el sepulcro del santo conmemora esta donación y la confirman también el inventario y la nota de las rentas del célebre monasterio redactados por el abad Irmino, que lo gobernó aproximadamente desde 810 hasta 820; inventario interesante para la historia de la civilización y estado de la economía rural en aquella época (7).

Entonces fué probablemente cuando Pipino concedió á este convento exención de derechos de tránsito en todo el imperio franco, exención confirmada por Carlos en 27 de marzo de 779 (8), como hizo igualmente con las inmunidades del mismo monasterio en 20 de octubre de 772 (9).

(1) Carta de Paulo I, del 5 de febrero de 759. Mansi, XII, pág. 614. *Vita Steph.*, I, c.

(2) Hay divergencias respecto del año; algun autor, Oelsner, opina que fué en 756.

(3) *Quizás Vern.*, Pardessus, II, pág. 287.

(4) *Capitulare Vernense*, Leg., II, I, pág. 33.

(5) *Capitulare Vernense*, del cual volveremos á tratar al exponer la legislación.

(6) *Translatio S. Germani*. Bouquet, V, pág. 427.

(7) *Polypticon Iremionis*, ed. Guérard, ou dénombrement des manses, de(s) serfs et de(s) revenus de l'abbaye de Saint-Germain-des(s)-Prés sous les régnes de Charlesmagne avec de(s) proligomenes pour servir á l'histoire de la condition de(s) personnes et de(s) terres depuis les invasions des barbares jusqu'à l'institution des communes. Paris, 1836-1845, tomo I, págs. 825 hasta 831, y tomo II, págs. 6 hasta 23.

(8) Sickel, núm. 68.

(9) Sickel, núm. 16.

En 29 de julio el rey, hallándose en Compiègne, cedió al monasterio de San Dionisio el pueblo y castillo de Saint-Mihiel á orillas del Marsoupe en el país de Verdun, que por alta traición de su propietario Wulfoado habían sido confiscados, si bien no existe dato alguno respecto de esta alta traición. En la donación no va comprendido el monasterio de Saint-Mihiel.

Mientras Pipino estaba así ocupado en el gobierno del imperio y en actos de solicitud por la prosperidad de la Iglesia, le llegaron súplicas tras súplicas del papa para que acudiera á su auxilio contra Aistulfo, que ni remotamente pensaba en cumplir ninguna de las obligaciones contraídas en la paz del año 754, antes bien había insultado al papa, según decía éste, apenas hubo regresado Pipino á su país (10). Esto es muy creíble, atendida la situación de Aistulfo como rey de un pueblo independiente y teniendo en cuenta su propio carácter, al parecer impetuoso y violento. El papa no cesaba de excitar en sus cartas á Pipino á mostrarse más y más digno de las mercedes de San Pedro y de Dios defendiendo su Iglesia, sobre todo contra el perverso Aistulfo, en cuyo pecho se había alojado el demonio. «¿Por qué, — dice en una carta el papa á Pipino, — no habeis prestado oído á nuestras quejas y habeis creído más la mentira que la voz de la verdad? No nos ha restituido ni un palmo de terreno (11). Lenguas humanas no pueden expresar el vilipendio que ha hecho de la Iglesia; las piedras, si pudiesen, llorarían nuestras penas. Hemos regresado sin que se haya hecho justicia á San Pedro, á pesar de haber hecho San Pedro tan resplandeciente milagro con la inmensa victoria que os ha dado.» Después de conjurar á Pipino y sus hijos «por el amor de San Pedro, que os ha ungido reyes,» (cosa que hubieron de oír en adelante muchas veces) que no creyeran las palabras y promesas mentidas del infame rey y de sus ministros, dice hablando siempre de Aistulfo: «No se le puede creer ya nada, y es necesario que cumplas lo que has prometido á San Pedro; pues vale más no prometer que prometer y no cumplir, y tendrás que dar cuenta el día del terrible juicio de la manera como has combatido por el príncipe de los apóstoles y por la recuperación de sus ciudades y demás lugares. Desde muchísimo tiempo ha reservado Dios para tí esta buena obra, y á ninguno de tus antepasados ha juzgado digno de tan preclara distinción. A tí te ha destinado Dios desde tiempo inmemorial para esta obra. Procura que cuanto antes recobre San Pedro lo que le pertenece de derecho. Prepárate para ser vencedor en la tierra y para que con la intercesión de San Pedro ganes el cielo. Fulrado, tu consejero, y sus compañeros te podrán referir nuestros sufrimientos.»

Esta diplomacia, que sabía presentar la guerra contra los longobardos y á favor del papa y el deseo más ardiente de éste como un favor destinado por Dios desde la eternidad al rey Pipino, favor que éste jamás podría agradecer bastante, no es, sin embargo, un rasgo de hipocresía: el papa hablaba de buena fe y creía lo que decía. En la carta siguiente dice el papa á Pipino y á sus hijos, á quienes llama siempre reyes y patricios, que habrían cobrado gran nombradía en todos los pueblos si hubiesen cumplido su promesa. «¿Por qué, — les dice, — os ha hecho Dios reyes? Solo para ensalzar á la Iglesia.» Los reyes según el papa están instituidos por Dios para que sean los auxiliares de la Iglesia. «Dios, — dice el papa Esteban, — habría podido ayudar á San Pedro para recobrar su derecho por otros medios, mas para ponerlos á prueba me ha enviado á mí á buscaros. — Si los francos han alcanzado la victoria no lo deben á su valor y fuerza sino á

(10) *Codex Carol.*, ep. VI, X. — Jaffé, IV, págs. 34-60.

(11) *Epist.*, VII, 34, 35, 38 y 40.



la espada de Dios que luchó por ellos.» En general estas cartas, prescindiendo de su pésima redacción y de que cada una de ellas es repetición á menudo literal de la otra, presentan el carácter, la moral, el espíritu grosero y egoísta de la época de una manera franca y abierta. El papa Estéban habla al rey franco y á sus hijos, como no hablaría el cura de aldea mas záfio á los jayanes mas rudos de su lugar. El terror y la esperanza, las dos palancas antiqüísimas de todas las corporaciones sacerdotales: el infierno para los que no obedecen ciegamente al pontífice, y la victoria y la fortuna en este mundo, además de las recompensas inconmensurables en la otra vida para los que se prestan solícitos á todas las exigencias de la Iglesia ó de la corporación que pretende representarla. No se descuida el papa en recordar al rey repetidas veces que San Pedro es el portero del reino de los cielos, cuyas puertas abrirá ó no, segun los méritos del que solicite la entrada. Lo que caracteriza la época y las personas es que el papa, lejos de valerse con Pipino del argumento del deber moral de cumplir con su promesa, le dice que no cumpliéndola menguará su fama en este mundo y le aguarda el infierno en el otro. El papa dice al rey repetidas veces: «He decidido confiarle mi causa, y si no la llevas á buen fin, serás condenado para siempre al infierno, porque no ayudas á San Pedro, que para la recuperacion de lo que le pertenece y se le debe, te ha prometido la vida eterna.» Tambien acude al recurso que usó su predecesor al excitar el odio de Carlos Martel contra Liutprando, haciendo ver á Pipino que Aistulfo despreciaba su poder diciendo al papa: «Estais cercados, que vengan ahora los francos á sacaros.» Tambien dice que Aistulfo habia tratado de hacerle asesinar y que habia arrebatado ó destruido todo lo que era de la Iglesia, para decir despues que era el papa mismo quien asolaba y saqueaba las ciudades y demás lugares pertenecientes á San Pedro. Otra vez presenta al apóstol como severo acreedor de Pipino, escribiendo á éste que San Pedro tenia en la mano la promesa del rey, que forzosamente debia cumplirla con toda presteza para obtener por su parte la vida eterna prometida, pues San Pedro «ha confiado su causa al rey, y éste tendrá que dar cuenta á Dios de su gestion. Todos los pueblos, — dice, — estaban en la creencia de que un brazo de héroe habia restituido á San Pedro lo que le habian quitado, y el resultado es que esto no ha sucedido y es menester quitar á los pueblos este motivo para desacreditarte.» «¿Cómo podeis marchar contra vuestros enemigos y confiar en salir victoriosos si no habeis cumplido la palabra que habeis dado á San Pedro? Solo si cumplís sereis siempre fuertes y victoriosos, reinareis muchos años con gloria y ganareis la vida eterna.» Esto lo dice en la carta (VII) (1) que envió por Wilhario, obispo de Mentana.

Mas apremiantes todavia son las quejas y gritos de auxilio de la carta (VIII) que dirigió hácia el 24 de febrero de 756, en nombre suyo y de todos sus obispos, sacerdotes y diáconos, y en nombre de los duques, condes, magistrados y todo el pueblo y fuerza armada de Roma, no solamente á los tres reyes y patricios *nuestros* (de Roma), es decir, á Pipino y á sus dos hijos, sino tambien á todos los obispos, abades, sacerdotes, monjes, gloriosos duques y condes, y á todos los guerreros del imperio y país de los francos. «Ha sucedido, — dice, — lo que temíamos de los longobardos. En 1.º de enero se reunieron y establecieron sus tiendas delante de esta ciudad de Roma, á saber, delante de las puertas de San Pedro, San Pancracio y la Portuense, todas las fuerzas de Toscana (en la orilla derecha del Tíber y al Oeste de la ciudad); Aistulfo con otra hueste estableció sus tiendas fuera de la puer-

(1) *Codex Carol.*, epist. VII, Jaffé. IV, págs. 34-60.

ta Salaria y otras (en la orilla izquierda, al Norte, Este y Sur de la ciudad), y nos ha enviado con frecuencia esta intimacion: «Abrid la puerta Salaria y entraré en vuestra ciudad; entregad á vuestro obispo y os trataré con benignidad; de otra manera derribaré vuestras murallas y os mataré sin distincion, y veremos quién os libra de mis manos.» Tambien han venido todos los de Benevento y se han establecido delante de las puertas de San Juan, de San Pablo (al Mediodía de la ciudad) y las demás puertas. Todas las fincas rurales alrededor de la ciudad hasta una gran distancia han sido devastadas; los enemigos han incendiado las iglesias y destruido con sus espadas y quemado las sacratísimas imágenes de los santos; han metido las hostias en sus botas (pellejos) impuras, y las han engullido despues de haberse hartado de carne; se han llevado paños de altar y otros adornos de las iglesias para su uso personal; han maltratado y asesinado á las monjas en sus conventos; se han llevado monjas y reclusas; las han violado con gran crueldad, y muerto algunas despues de violadas; han quemado todas las casas de San Pedro y de los romanos; se han llevado todos los ganados, han cortado las vides hasta las cepas, segado y comido las cosechas; han degollado los siervos y criados de ambos sexos de San Pedro y de los romanos, y los que no han muerto se han llevado como esclavos; hasta han arrancado estos longobardos impíos las criaturas inocentes de los pechos de sus madres y han deshonrado y degollado á éstas. Jamás los paganos han desplegado tanta ferocidad. Las mismas piedras lloran nuestra desgracia. Hace 55 dias (por esto hemos dicho que esta carta era del 24 de febrero poco mas ó menos) que sitian esta ciudad por todos lados y nos atacan noche y dia con el mayor furor, empleando contra nuestras murallas varios ingenios y máquinas, á fin de que caigamos en poder de Aistulfo y éste nos mate sin distincion, pues así lo dicen con gran furor y añaden: «¡Que vengan los francos y que os saquen de nuestras manos!»

Hay motivos para considerar esta descripcion exagerada. Oelsmer ha hecho notar que cuando menos la iglesia de San Pedro, situada entonces extramuros, no recibió al cabo de tres meses de sitio ningun daño de los longobardos, segun el testimonio del mismo papa. Lo que el «impío y endemoniado» Aistulfo buscaba con preferencia en las iglesias eran, segun se desprende de la biografía del papa Estéban, huesos y otras reliquias de santos para llevárselos y tenerlos en su poder como cristiano piadoso. De este robo de reliquias se habló todavia en Roma setenta años despues. El cuerpo de Santa Cecilia que se creyó robado por Aistulfo fué encontrado despues de mucho buscar en la Via Apia. Aistulfo era, pues, devoto creyente al estilo de su época, y poseido del demonio y todo, como dice el papa, hizo en 20 de julio de 755 donaciones en fincas é inmunidades á una iglesia cerca de Bergamo á instancias de su clero (2), enteramente como los reyes francos, y en 5 de abril de 756, entre el sitio de Roma y la segunda guerra con los francos, hizo en Pavía otra donacion para honrar á Dios y á la Virgen á favor del monasterio de Farfa, á instancias del franco Fulcoaldo, abad de aquel monasterio (3).

Es indudable, sin embargo, que los longobardos hicieron la guerra con todos los horrores y atrocidades propios de bárbaros, como la hacian los francos entonces hasta en sus propios territorios y como era la costumbre de la época.

El papa añade todavia que los longobardos habian tomado tambien á Narni y algunas otras ciudades, por cuya razon apenas puede hacer llegar su carta, escrita con lágrimas, á su

(2) Véase Troya, *Codice diplomatico Langob.*, IV, núm. 693.

(3) Troya: *Codice langobard.*, IV, núm. 702.

destino por la via marítima, y solamente lo consigue valiéndose de los medios mas ingeniosos. A pesar de esto, los rudos longobardos no tenian siquiera buques para bloquear el rio Tíber, y pocas debian de ser sus fuerzas terrestres cuando jamás llegaron á intentar un asalto á la ciudad, defendida con tan buen éxito por vecinos nada aguerridos.

«No nos abandoneis, — dice el papa al fin de esta carta, — así Dios tampoco os abandonará; ¡ayudadnos pronto! ¡Venid á nuestro auxilio, venid, venid y salvadnos! á fin de que no digan todos los pueblos de la tierra: ¿Qué han sacado los romanos de su confianza, despues de Dios, en el rey y pueblo francos? Ayudadnos para que Dios no aparte de vosotros su vista en el dia del juicio y diga: No os conozco, porque no habeis socorrido á mi Iglesia, ni á mi pueblo elegido (el romano) cuando estuvieron en peligro. ¡Ayudadnos y salvadnos! Todos los pueblos que han acudido en busca de auxilio á vuestro pueblo heroico han sido salvados (quizás alude aquí el papa á la defensa de la Francia meridional contra los árabes y á la de las comarcas francas extremas contra los sajones, frisonos y vendos), ¡cuánto mas os toca salvarnos á nosotros de nuestros enemigos! ¡Si sucede un desastre, vosotros tendreis que responder de él ante el juicio de Dios, y vosotros sereis condenados en esta y en la otra vida!» Llevaron esta carta á Pipino por la via marítima, pasando por Ostia y Marsella, el obispo de Ostia, Jorge, embajador del papa, y el abad Warnearo, Tomarico y Comita, embajadores que Pipino habia enviado á Roma.

Segun dice el papa en una posdata de la misma carta, el esforzado abad Warnearo habia combatido por él y por los romanos, tanto de noche como de dia y armado de guerrero. La misma embajada era portadora de otra carta escrita por el papa (1), pero á Pipino solo, y es en sustancia una copia de la anterior con algunas adiciones, como la de estar escrita con lágrimas y sangre, y de arrojarle el papa á los piés del rey solicitando su amparo, que no podrá negarle si quiere que Dios le ayude á él y á su pueblo cuando entren en batalla con sus enemigos. «Ven, ven á nuestro auxilio si no quieres ser separado por una fuerza superior de la reina, tu esposa, nuestra comadre (*commater*, título de respeto y de cariño, como daba el de *compater* á Pipino desde su uncion), ni experimentar desgracias en tus dos hijos, los distinguidos reyes y patricios.» Como recompensa vencerá el rey con el auxilio de San Pedro á todos los pueblos bárbaros; tendrá un reinado feliz, y despues del juicio final reinará junto con Cristo y recibirá por recompensa los goces celestiales.

Despues, arreciando el peligro y no llegando auxilio, el papa determinó escribir á los tres reyes (personas reales, es decir, el rey Pipino y sus dos hijos) y á todo el pueblo franco en nombre del mismo apóstol San Pedro (2). Esta carta dice así: «Yo el apóstol San Pedro, cabeza de todas las iglesias, yo el apóstol San Pedro (y así dos veces mas), me presento ante vosotros como en carne y hueso, y os llamo contra los perversos longobardos, porque os tengo, pueblo franco, como pueblo particularmente mio, con preferencia á todos los pueblos (lo mismo le hace decir el papa del pueblo romano), é igualmente la Virgen eterna, los tronos, los principados, todas las huestes celestiales, los mártires, los confesores y todos los que son agradables á Dios, á fin de que mi cuerpo (el de San Pedro, pues él es quien habla) no caiga en manos del enemigo. En cambio, os prometo mi proteccion especial. ¡Acudid, acudid, acudid! Socorred, si no quereis perder la vida eterna y ser condenados por toda la eternidad, y si no quereis que los pueblos que no conoceis se apoderen de

vuestro país. Venid, que os concederé cuanto me pidáis. Socorred, si no quereis ver destrozados y martirizados vuestros cuerpos en las llamas inextinguibles y eternas del infierno al lado del demonio, con sus ángeles pestíferos; si no quereis que Dios os disperse como al pueblo de Israel. Es sabido que vuestro pueblo, el de los francos, mas que todos los pueblos debajo del cielo se inclina hácia mí, y por esto os he auxiliado tambien en todas vuestras necesidades; os he dado la victoria sobre vuestros enemigos, y si me prestais vuestra ayuda, os concederé la victoria tambien en adelante. Acordaos de cuando dí á una pequeña fuerza de los vuestros la victoria sobre un enemigo muchísimo mas fuerte. Si me socorreis, os lo pagaré; os daré larga vida y la victoria sobre vuestros enemigos; comereis lo mejor de la tierra y tendreis la bienaventuranza eterna. En caso contrario os desterraré del cielo y de la vida eterna. Así escribe el mismo San Pedro.»

El papa, que no se nombra á sí propio en esta carta, creía al parecer de veras hablar en el sentido del apóstol, aunque evidentemente, sin sospecharlo siquiera, le atribuye sus propios motivos y pasiones.

Pipino quiso cumplir su palabra y hacer que San Pedro recuperara lo que creía pertenecerle de justicia; ni podia permitir que su contrario vencido eludiera el cumplimiento de las condiciones impuestas y aceptadas y juradas. Por otra parte se comprende que Aistulfo, reducido á una situacion violenta, y atendido el poco escrúpulo de todos los bárbaros para faltar á sus palabras y juramentos, tratara de aplazar y eludir del todo el cumplimiento de las obligaciones contraídas. Los preparativos de guerra que hizo ya en el otoño del año 755 iban dirigidos mas bien contra los francos que contra Roma, aunque por lo pronto los dirigió contra esta ciudad.

Esta vez apenas hubo negociaciones ni embajadas, pues que segun habia enseñado la experiencia, eran inútiles. En cambio, el emperador de Oriente hizo una tentativa diplomática para impedir la guerra, á fin de que Pipino, siendo otra vez vencedor, no concediera al papa los territorios que los longobardos habian arrebatado al imperio bizantino. Con este objeto envió dos embajadores, Jorge y Juan, á Roma, probablemente con el mismo encargo de antes, es decir, con el de unirse al papa (porque en Constantinopla se ignoraba que estuviere á punto de estallar una nueva guerra franco-longobarda) para negociar con Aistulfo un arreglo haciéndole cesar las hostilidades contra Roma y restituir al emperador los territorios y ciudades que le habia quitado. Al llegar los enviados á Roma supieron que los francos estaban otra vez á punto de pasar los Alpes (á fines de mayo ó principios de junio) para obligar al rey Aistulfo á cumplir las condiciones de la paz, y resolvieron ir á ver á Pipino, para el cual llevaban probablemente tambien una mision, pues así se puede inferir de los gastos que hicieron y de las grandes sumas que luego prometieron á Pipino y que en parte pagaron para la retrocesion al emperador de los territorios que conquistara de los longobardos, en lugar de cederlos al papa. Acompañados por un embajador del papa, bajaron por el Tíber, se embarcaron en Ostia y pasaron á Marsella, no pudiendo pasar sin peligro por el territorio longobardo (3).

El rey Pipino habia convocado aquel año á los guerreros francos á la asamblea de revista y de justicia anual de 1.º de mayo para proponerles la nueva expedicion contra los longobardos, y habiéndose adherido los francos á la proposicion de Pipino marcharon, acaso desde la asamblea, directamente contra el enemigo. Entre los magnates eclesiásticos y laicos que acompañaron al rey Pipino en esta nueva campaña, fue-

(1) *Epist.*, IX, Jaffé, págs. 55-60.

(2) *Epist.*, X, Jaffé, págs. 55-60.

(3) Troya, I, c. núm. 696. — *Vita Stephani*, págs. 170 y siguientes.